

Cristianismo de Liberación

Por eso la defendimos cuando se la amenazó, en la Semana Santa de los carapintadas. Más allá de que una dirigencia política timorata, en vez de respaldarse en el pueblo movilizado, optó por iniciar el camino de la impunidad a los crímenes de lesa humanidad, prolongado en estos largos años. Y con ello la mayor debilidad para enfrentar al poder económico que se instaló a pleno en los diez años de menemismo. Fue cuando se profundizó el modelo neoliberal con privatizaciones, precarización laboral y desocupación; destrucción de la industria nacional, de la educación, del sistema público de salud, del régimen previsional y tantas otras lacras que aún perduran de lo que pretendió instalarse como discurso único en el final de una historia, que no pudieron consolidar, porque los pueblos nunca se suicidan.

Así fue como también desde nuestra revista acompañamos aquella larga resistencia de las organizaciones sociales que proliferaron como medios de sobrevivencia, en cooperativas, ollas comunitarias, clubes de madres, apoyo escolar, microemprendimientos laborales, etc...

Profundizamos la reflexión de la nueva realidad con la publicación de aportes de teólogos, biblistas, sociólogos y demás científicos sociales de Latinoamérica, que también invitamos para animar nuestros encuentros, cursos y debates.

Fue un duro aprendizaje porque nos obligó a ver la caída de viejos paradigmas y el surgimiento de nuevos pensamientos, que se fueron articulando y fortaleciendo en las distintas latitudes latinoamericanas, desde la reflexión de las nuevas prácticas sociales, que también se reflejaron en nuestra revista. Porque quisimos aportar compartiendo lo que se hacía y lo que se pensaba. Lo de la pastoral aborigen, los encuentros de las CEBs, el movimiento de mujeres, los seminarios de formación teológica. También lo del CESEP o el CEBI en Brasil, lo del DEI en Costa Rica, lo del Centro Luther King en Cuba, lo del Centro Valdivieso o el CEPA en Nicaragua y tantos otros en Chile, Ecuador, Venezuela, Perú, Bolivia, Colombia, México o Canadá, contando con la activa solidaridad de organizaciones cristianas de Holanda, Austria e Inglaterra.

Como iniciativa y responsabilidad laical, nunca perdimos de vista que debíamos recuperar la política, que también habían querido robarnos, con el descrédito en base a la complicidad de una dirigencia que aprovechó para enriquecerse, porque la corrupción era parte esencial de ese robo.

Pero debíamos recuperar la política desde la fuerza organizada de la sociedad civil, expresada

en los movimientos populares. Consigna no fácil de implementar porque mientras tanto había que sobrevivir cada día porque la pobreza se agigantó y el hambre se extendió gravemente en toda la geografía nacional.

Desde nuestras motivaciones evangélicas muchas veces sentimos la soledad de los que buscan en medio del desierto. Porque las cúpulas eclesísticas siempre estaban ocupadas en otras cosas. Pero nos fuimos encontrando con otros que buscaban lo mismo que nosotros en otras latitudes. Y eso nos fortaleció en la convicción de que más valía poner esfuerzos en multiplicar y extender lazos de solidaridad, que gastar energías en denunciar una estructura eclesística que se había tornado más impermeable, como forma quizás de tapar sus propias complicidades. El esfuerzo no debía centrarse en engordar estructuras sino alentar la marcha y el crecimiento del movimiento popular, siempre empeñado en luchar por la vida en abundancia para todos, que es lo realmente evangélico.

Optamos por seguir caminando en la opción por los pobres, con laicos, sacerdotes y obispos que se habían mantenido consecuentes en sus vidas y venían contagiando a las nuevas generaciones, mientras se acompañaba la lucha de los nuevos sujetos sociales que despertaban en nuevos escenarios de protagonismo, con las comunidades de base, las movilizaciones indígenas, las luchas de las mujeres y las nuevas realidades laborales y sindicales.

Quisimos mantener abiertas las páginas de la revista a las diferentes opiniones en los nuevos debates impuestos por el neoliberalismo y las nuevas realidades latinoamericanas que abren posibilidades para que los procesos democráticos se amplíen mediante la redistribución de la riqueza, los espacios de decisión participada y el afianzamiento de una cultura que exprese y reafirme la identidad de nuestros pueblos.

A 25 años no creemos haber logrado todo lo que nos propusimos. Sería presuntuoso. Pero sí pensamos que desde este rincón del sur latinoamericano, hicimos nuestro aporte a ese cristianismo de liberación, que lejos de quedar sepultado por la represión política y eclesística, se ha mantenido en el rescaldo para avivarse en nuevas llamas de compromiso, alentadas por el soplo del espíritu martirial que preservamos como memoria para seguir andando, nomás.

Córdoba, Octubre 2007
Equipo Tiempo Latinoamericano